

Romance del Conde de Leganares, que se quedó solo en sus lugares.

Estaba el señor conde triste y afligido/
sus mesnadas de caza no habían salido/

permanecían sus alanos callados/

sus azores y halcones alicaídos/

los raudos caballos de los monteros/

comían tranquilos en sus reposaderos/

a su alrededor nada se movía/

cada hora aún más se afligía/

el buen señor dejaba pasar los días/

para su pena sin salida/

los monteros allende los mares no vendrían/

los de acá tampoco acudirían/

pero se le ocurrió una idea genial/

y de repente le pareció fenomenal/

si era claro que montar no podrían/

pero por qué no rececharían/

la brava cabra montesa/

alejada de sus dehesas/
refugiada en sus montañas/
sin ser objeto de saña/
podría ser la brillante solución/
se puso a la faena con dedicación/
se le pasó la idea de viajar a Atica/
terminó su excursión a Africa/
y cuando llegaron Los Santos/
con mucha nieve en los altos/
ya estaba todo preparado y listo/
como el adelantándose había previsto/
pero le llegó una misiva del rey/
estaba prohibido por la ley/
salir, merendar, pasear/
comer, viajar y cazar/
el motivo era un diminuto desliz/
los sabios le llamaron COVID/
él ,cual vasallo humilde/
no puso a la norma una tilde/

y se refugió en los muros de ladrillo/
de su muy elevado y alto castillo/
y allí solo en su casa/
tranquilo a la fuerza repasa/
escribiendo sus días de gloria/
cuando todo era fanfarria/
fuerte sonido del tambor/
y estrepitoso tronar del cañón/
sueña anhelando el momento/
que se ponga fin a este tormento /
que aparezca por fin la vacuna/
para que vuelva a rodar la fortuna.

José García Escorial